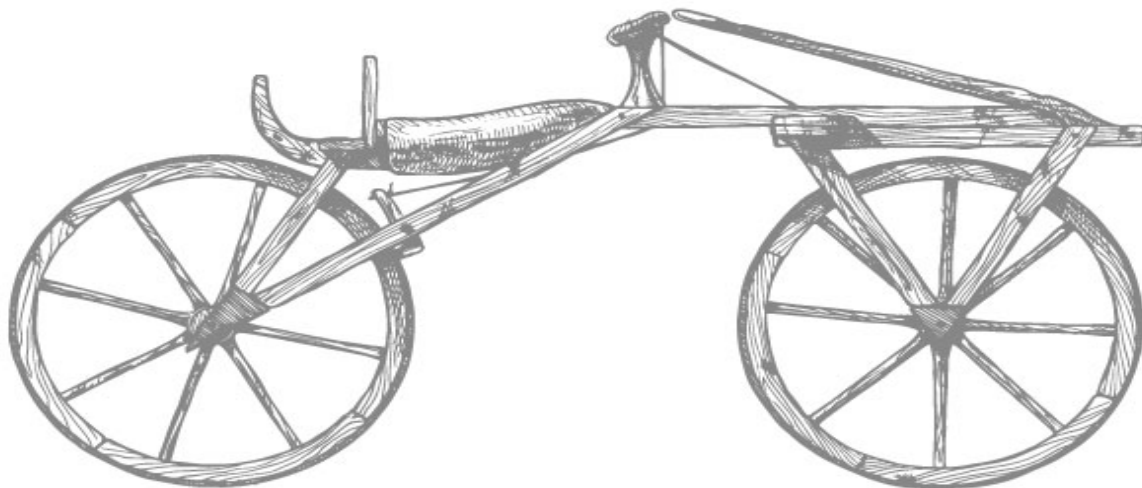


LA INVENCION DE LA BICICLETA

RESPONDER **-Y SERVIR-** DESDE LA ADVERSIDAD

Jordi Nadal



Cómo tomar impulso desde las crisis

La invención de la bicicleta

Responder —y servir—
desde la adversidad

Jordi Nadal



Primera edición en esta colección: octubre de 2020

© Jordi Nadal, 2020

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2020

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1^a - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-18285-48-6

Realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Presentación

1. El sentido de lo auténtico
2. Volver a empezar siempre es posible
3. Mi vida depende (bastante) de mí
4. La crisis como adversidad insoslayable, como parte de la vida (no hay rosa sin espinas)
5. Hagamos lo útil, hagamos lo que vale la pena
6. Liderazgo efectivo vs. liderazgo afectivo
7. ¿Hacemos lo fácil o lo difícil?
8. Analiza los datos y escoge tu rumbo
9. La unión en las adversidades
10. ¿Cómo lo hacemos? Con artesanía e innovación
11. *Coda*: ¿Quién dijo que iba a ser fácil?
Bonus track, a modo de posdata cinematográfica
«Invictus»

Agradecimientos

Presentación

«En la vida, no hay nada que temer, solo hay que comprender.»

MARIE CURIE

«No tienes que sufrir para aprender. Pero, si no aprendes del sufrimiento, sobre el que no tienes ningún control, tu vida pierde sentido.»

VIKTOR FRANKL

«Envejecer puede valer la pena si nos da tiempo a forjar un alma.»

URSULA K. LE GUIN

Vivir es cambio, ¿no es cierto?

Y, nos guste o no, es una realidad que presenta un reto inherente al propio hecho de vivir. Solo los peces muertos van con la corriente.

Nos apetezca o no, tenemos que vivir, y será mejor y más fácil (o menos difícil) si nos gusta o si lo asumimos con valor. Cuando nuestra realidad personal o colectiva sea dura, nos queda la posibilidad de quejarnos, pero no podemos apearnos de vivir: la alternativa a «bajarnos» de la vida no es buena. Sobre todo porque es un tren en el

que, una vez que lo has perdido, no puedes volver a montarte.

Nuestras vidas pueden cambiar súbitamente, y esa es una condición inherente a la vida. La crisis de la covid-19 ha hecho evidente que estamos ante lo más grave que hemos vivido como sociedad.

En 2020 hemos empezado a vivir una tormenta perfecta. Un tsunami, un terremoto y un ciclón se han aliado. Habrá que prepararnos continuamente ante cada nueva situación que se nos presente, sin alarmarnos menos de lo que toca, pero tampoco asustándonos en exceso.

El exceso de miedo paraliza, así que conviene dosificar la intensidad de la alarma y, por encima de todo, estar con las manos al timón para sortear las dificultades de la mejor manera posible.

Cuando sucede lo imprevisible, y las cosas cambian y la vida se mueve en una dirección no prevista, entonces... ¿qué hacemos?

La clave es una, solo una. Y siempre es —sea fácil o difícil— lo mejor: RESPONDER. Responder es la clave de casi todo en la vida. Enfrentarse a la realidad, tener siempre en mente que el éxito es la aplicación de la resiliencia a cada uno de los fracasos que vayan surgiendo.

Responder es decidir saltar vallas.

Responder es la actitud de quien confía en sí mismo para buscar soluciones a cada uno de los retos que se nos presenten.

En momentos como estos que estamos viviendo, cuando se evidencia de forma clara el impacto de estos cambios que hemos empezado a notar, toca bajar al ruedo, asir al toro por los cuernos y jugar nuestras cartas. Defender nuestra vida y nuestra dignidad. Defendernos a nosotros y a los nuestros.

Vivimos inmersos en una realidad acelerada, digital, de enormes movimientos sociales, económicos, ecológicos..., y estamos ante una crisis que no podíamos haber previsto y de la que no tendremos más remedio que salir —tarde o temprano y con heridas de mayor o menor consideración— demostrando la capacidad que tenemos para encajarla, cuando no para resolverla.

Es ahora cuando debemos sacar lo mejor de nosotros mismos para no decaer, porque lo último que debemos hacer es desfallecer frente a las dificultades derivadas del momento histórico en el que nos encontramos. Nos toca crecer en la adversidad. «Como el toro me crezco en el castigo», decía Miguel Hernández, porque los buenos poetas acostumbran a intuir las respuestas.

Esta crisis, consecuencia directa de la pandemia provocada por la covid-19, atraviesa nuestra vida, y la desafía en lo biológico, en lo social, en lo económico... En todos los frentes.

La vida es lo único que tenemos, y por eso debemos cuidarla, porque de este modo también cuidamos a los que nos rodean. «Hay que amar la vida, y no solo la nuestra», decía el gran maestro y pensador Emilio Lledó.

Vivir no es algo ajeno a la realidad de resolver los temas cotidianos y, en ese sentido, no podemos separarnos de nuestra forma de ganarnos la vida —seamos empleados (en una empresa privada o en el sector público) o seamos dueños de la empresa: todos debemos tener ingresos—, porque por el trabajo y de nuestro trabajo vivimos.

Nos encontramos en medio de una situación que nos enseña que todos tenemos que luchar y defendernos ante lo que nos rodea al tiempo que extraemos un aprendizaje de vida, sin atemorizarnos en exceso, atisbando las mejores opciones ante el futuro incierto que tenemos delante.

Una crisis en la que, lejos de escondernos bajo nuestro caparazón, debemos aprender a dar un nuevo sentido a la vida con optimismo, del mismo modo que lo hizo Albert Camus, quien, frente a un sinfín de adversidades vitales, decía aquello de «hemos de contribuir a la felicidad y a la alegría, porque este universo es infeliz».

No es la primera vez que una crisis nos toca de lleno. Ni tampoco la primera gran adversidad de la que salimos más o menos airosos. Sin embargo, esta sí que es la mayor que habrá vivido, de largo, la mayor parte de gente que vive en lo que llamamos Occidente.

A finales de 2007 monté Plataforma Editorial, justo cuando se iniciaba un complejo momento económico, que fue de 2008 a 2013. Decidí arriesgarme a cumplir un sueño sin saber que se iniciaba una crisis (que no fue pequeña, aunque no es comparable con la de 2020).

En ese momento aprendí —como muchos otros— que hay que mirar adelante, hacia el futuro, y hacerlo sin demasiado miedo y siempre en positivo, y recordar a Franklin Delano Roosevelt, quien aseguraba que «la valentía no es la ausencia de miedo, sino más bien el convencimiento de que hay algo más importante que el miedo».

Creo que lo hicimos porque sabíamos (o intuíamos) que vale la pena luchar por aquello que nos define y conforma. Luchar por lo que amas.

Con el convencimiento de que todos tenemos ganas de vivir, y de que debemos huir de los miedos (todo buen lector de esa obra maestra que es *Astérix y los normandos* lo sabe), decidí no pertenecer a aquellos que, demasiado prudentes, no se atreven a quitar la hoja de celofán que protege la esfera del reloj o la pantalla de cualquier electrodoméstico recién comprado.

Porque de eso se trata exactamente cuando hablamos de vivir: de quitar la capa de celofán que intenta proteger las pantallas, de eliminar esa falsa seguridad (tan humana y comprensible y, a la vez, tan limitadora) que solo quita intensidad y que apenas protege, esa protección que no nos deja disfrutar de todo lo que sucede a nuestro alrededor, donde existe mucha más vida al descubierto de la que nos imaginamos.

Hay que asumir el riesgo; ya lo decían los sufíes: «Es por la herida que entra la luz».